LAS MANOS DEL GENERAL

Gonzalo Fassón

A Andy.
Y a mis cinco hijos.

1

7 de julio de 2000.

Sentado detrás del volante, el policía observaba a través de la ventanilla el cuerpo rígido de una paloma pegado al césped escarchado. Mantenía aún sus alas desplegadas, como si la muerte la hubiera sorprendido en el instante mismo en el que se disponía a volar.

—Pedro, ¿estás bien? —le preguntó su compañero sacándolo del trance.

—Sí, Vázquez. Estoy bien —respondió con hastío.

No eran aún las seis de la mañana. Se frotó las manos buscando generar algo de calor pero el intento resultó inútil, sus dedos comenzaban a dormirse. El silencio era tan opresivo que daba la sensación de que la vida se había extinguido en ese recoveco de la ciudad.

Las horas de guardia en invierno siempre le habían parecido más largas, como si el mecanismo del reloj se aletargara por efecto del frío extremo. El sonido metálico de la radio policial inundó el interior de la patrulla.

—202, Comando llama —su compañero tomó la radio con pereza.

—Comando, aquí 202 en escucha.

—¿Vázquez, es usted? Se le comunica que en calle Pasaje Carabelas esquina Gutenberg se encuentra un Natalia Natalia masculino

tirado en la vereda. Aparente herida de bala o arma blanca, proceder de inmediato.

—QSL, 202 procediendo al lugar.

Pedro puso el motor en marcha, encendió el limpiaparabrisas para quitar la fina capa de hielo que le tapaba la visión, se persignó de manera automática y aceleró rompiendo la tranquilidad de la noche con el chirrido de los neumáticos. Vázquez se aferró con firmeza a la manija que estaba sobre la puerta del acompañante y se acomodó la gorra con la mano izquierda.

En la madrugada, desde la estación del tren donde estaban estacionados hasta la esquina señalada por la central, había escasos minutos. Agarraron por Hipólito Irigoyen, aceleraron pasando algunos semáforos en rojo y doblaron a la izquierda por Carabelas hasta llegar a la esquina indicada. Pedro conocía bien ese rincón de Gerli formado por un puñado de calles cortadas que iban desde la Avenida Irigoyen hasta la playa de maniobras del ferrocarril, un barrio de casas bajas y veredas angostas que por las noches solía estar desierto.

Estacionaron a metros de un grupo de curiosos que se agolpaban alrededor de un cuerpo. Un hilo de sangre serpenteaba entre las baldosas y goteaba por el cordón. La sirena enmudeció, las luces del patrullero teñían de ráfagas azules las paredes descascaradas del barrio.

Cuando Pedro detuvo el motor escuchó a lo lejos el ulular de una ambulancia que imaginó avanzando a toda velocidad por la calle Entre Ríos. Miró a su compañero por un segundo y sin la necesidad de decirse nada, cada uno asumió su rol en el operativo.

Vázquez se acercó al grupo de vecinos y les indicó despejar el lugar. Con un rollo de cinta de seguridad en la mano los hizo retroceder unos metros, ató la punta de la cinta plástica a un árbol, y entrelazándola entre postes de luz y carteles de «Prohibido estacionar» marcó un perímetro de seguridad.

Pedro se agachó junto al cuerpo y con la yema de sus dedos buscó en el cuello del hombre algún indicio de vida. Apenas per-

ceptible, sintió un latido suave que parecía luchar por no apagarse. No había nada que él pudiera hacer más que esperar la ambulancia, que se escuchaba cada vez más cerca. Pasó los siguientes segundos estudiando la escena y tratando de impregnar en su memoria cualquier detalle que le sirviese para realizar más tarde el informe policial.

Se trataba de una persona de unos cuarenta y cinco años, con un sobretodo sucio y algo raído, zapatos viejos sin cordones y un pullover con algunos agujeros. Estaba tumbado sobre su lado izquierdo, recostado sobre uno de los brazos. Daba la sensación de haber estado durmiendo en la calle los últimos días. «Un ciruja más», pensó. Sin embargo, su pelo prolijamente cortado lo diferenciaba de los linyeras que solían dormir en la estación de Avellaneda.

Le revisó los bolsillos del sobretodo y del pantalón pero, como supuso, no encontró ningún documento que permitiese identificarlo. Su reporte indicaría que en aquella esquina se había encontrado un Natalia Natalia, de tez blanca y aproximadamente cuarenta años de edad. Miró alrededor del cuerpo en busca de casquillos que permitiesen confirmar una herida de arma de fuego, pero no halló nada.

Estaba en cuclillas cuando lo enceguecieron las luces de la ambulancia que estacionaba a pocos metros. Con la mano derecha se protegió del haz de luz verde y se puso de pie junto al hombre con cuidado de no pisar el trazo de sangre que se filtraba entre las baldosas. Los enfermeros bajaron con apuro la camilla y el maletín de primeros auxilios.

—Buenas noches, doctor. Soy el oficial Pedro Villagrán, de la Segunda —el médico hizo un gesto con la mano mientras con el estetoscopio buscaba el corazón del hombre.

Un enfermero sacó una bolsa de suero de su valija y se preparó para subirlo a la camilla. Todo sucedía muy rápido y mientras Vázquez hablaba con los vecinos buscando algún testigo, Pedro se

concentró en el cuerpo inmóvil buscando grabar cada detalle. Sobretodo marrón, pullover verde, pantalón de jean, zapatos, cabello negro, tez blanca, nariz aguileña. Cuando llegó a las manos se detuvo un segundo. Pensó que ese hombre tendido frente suyo podría ser un trabajador manual, un albañil tal vez o un mecánico. Sus manos gastadas no guardaban relación con el resto del cuerpo, parecían más viejas, algo cansinas.

—¿A dónde lo llevan? —quiso saber.

—Al Hospital Fiorito.

Los médicos subieron la camilla a la ambulancia, cerraron la puerta y desaparecieron tan rápido como habían llegado. Recién cuando el sonido de las sirenas se perdió en la madrugada, Pedro recobró la conciencia de su cuerpo y volvió a sentir el frío que le entumecía las manos. Buscó a Vázquez entre el gentío y regresaron a la comisaría.

La mañana transcurrió sin muchos sobresaltos. Después de unos mates se sentó frente a la máquina de escribir, colocó el papel carbónico entre dos hojas blancas y comenzó el informe. «Otro N.N. encontrado en la calle, otro expediente que no sirve para nada», pensó. Se sabía el procedimiento de memoria; levantar las huellas del hombre, consultar la base de datos para chequear si tenía antecedentes y si nada de esto daba resultado revisar las denuncias de desaparecidos para ver si existía alguno que concordara con su descripción.

Sentado frente a la máquina de escribir pensó que identificarlo de la manera tradicional sería casi imposible. Era mucho más fácil cruzar los dedos y rezar para que el ciruja despierte, preguntarle el nombre y buscar a sus familiares, si es que tenía alguno. Se extravió por un instante en la inmensidad de la hoja blanca, sabía en el fondo que los linyeras eran personas que se abandonaban a sí mismas luego de haber abandonado a sus familias; a esta altura no habría nadie buscándolo. «Que pérdida de tiempo. No me voy a clavar todo el día acá adentro esperando como un boludo. Más vale que levante yo mismo las huellas».

—Vázquez, ¿me llevás al hospital? —preguntó a su compañero, que aprovechando un rato libre miraba un partido de fútbol de la Liga Europea.

—Andá vos, Pedro. Recién empieza el segundo tiempo. Llevate la patrulla si querés.

—No, dejá. Al primero que vaya para ese lado le pido que me alcance.

El Hospital Fiorito se encontraba a pocas cuadras de la comisaría, la primera patrulla que fue para ese lado lo dejó en la puerta principal sobre la calle Italia.

Conocía el número de cama, por lo que se dirigió directamente al segundo piso. Cuando la puerta se abrió y él salió del ascensor, se sintió de repente dentro de una película de guerra. Ese ala del hospital había sido tomada por el Ejército. Cuatro soldados armados con fusiles hacían guardia en el corredor, más allá un grupo de hombres de negro pertenecientes a alguna fuerza especial que no reconoció bloqueaban la puerta a la sala donde se encontraban las camas. Quiso avanzar pero los soldados le cerraron el paso. No importaba que fuera policía o que estuviese trabajando en la investigación, no podía pasar.

Entre los médicos, los hombres de negro y los soldados, aparecieron dos figuras que él conocía. Eran el comisario de la Segunda de Avellaneda y a su lado el Comisario General de la Bonaerense. Era la primera vez que lo veía en persona. Se detuvieron en el medio del pasillo. El comisario Greco le explicaba a su superior algo que Pedro no podía escuchar. En determinado momento, Greco se levantó las mangas del uniforme y con su mano derecha se señaló por encima de la muñeca izquierda y al revés, con su mano izquierda hizo un gesto por sobre la muñeca derecha. El Comisario General se acercó a Greco y le habló al oído. Después se alejó y dijo algo más que Pedro no escuchó, pero por la actitud, entendió que era una orden. Los hombres finalmente se despidieron con un apretón de manos, el Comisario General volvió sobre sus pasos y se perdió entre los militares que montaban guardia al final del pasillo.

Pedro intentó acercarse pero un soldado le impidió nuevamente el paso. Al verlo, Greco se dirigió hacia él y le hizo un gesto para que hiciese silencio. Acató la orden sin discutir. Su jefe, visiblemente alterado, lo tomó del brazo y ambos entraron al ascensor.

—¿Qué está pasando, jefe?

El hombre no respondió, Pedro insistió ansioso.

—¿Todo este lío es por el Natalia Natalia?

Greco asintió con la cabeza mientras miraba fijo los números del ascensor que descendía muy lentamente a la planta baja.

—¿Qué está pasando? ¿Quién es este tipo?

—Qué se yo quién carajo es —respondió Greco, a punto de ponerse histérico.

—¿Qué tiene en las manos?

Greco le clavó la vista por un segundo y volvió a mirar los números rojos sobre la puerta del ascensor.

—¿Me escuchó, comisario? ¿Qué tiene en las manos?

—¿De qué carajo habla, Villagrán?

—Vi que le estaba diciendo algo al Jefe sobre las manos. A mí también me llamaron la atención cuando las vi.

La puerta se abrió. El comisario volvió a tomarlo del brazo y lo arrancó del ascensor. Lo llevó a la rastra a lo largo del pasillo que daba al estacionamiento del hospital. Pedro luchaba por soltarse mientras lanzaba al aire preguntas que no obtenían respuesta.

—Vaya directo a la comisaría y no hable de esto con nadie, ni con su esposa. ¿Me escuchó bien? —dijo su jefe mientras caminaban apurados los cincuenta metros que separaban el Pabellón de Cirugía de la calle.

—¿Pero qué está pasando, comisario ?

Greco se detuvo por un instante y miró hacia ambos lados, como cuidando que nadie escuchase de qué hablaban. Pedro pudo leer un miedo profundo en sus ojos.

—Baje la voz, carajo. Y escúcheme bien porque no voy a repetirlo. No sabemos quién es el Natalia Natalia, pero lo que sí sabemos es que sus manos, no son sus manos.

—¿Qué dice?

—Lo que escuchó, Villagrán, esas manos no son suyas. Son las manos de Perón.

2

Cuando el comisario Greco dobló la esquina, Pedro todavía se encontraba en estado de shock. Si bien la explicación le resultó absurda, el temor en el rostro del comisario era real. Las palabras de su jefe se repetían una y otra vez, como las boleterías de la cancha de Racing que a su lado formaban una hilera interminable que le parecía infinita.

«¿Las manos de Perón?», se preguntó mientras caminaba lentamente en dirección a la comisaría. Es cierto que le habían llamado la atención las manos de ese hombre, pero la posibilidad que pudiesen pertenecer a Perón le pareció absurda.

Tal vez había participado en la captura de un pez gordo, un narcotraficante pesado o algún delincuente muy peligroso. Resultaba evidente que ante la imposibilidad de revelar la verdadera naturaleza de ese operativo, Greco optó por una justificación ridícula.

Estaba cerca de la Comisaría Segunda cuando escuchó a lo lejos el sonido de varias sirenas policiales que se acercaban. Por la esquina de Acosta y Azcuénaga aparecieron cuatro patrullas en fila que corrían desbocadas en sentido al hospital. Se acercó a la calle y les hizo señas, pero ninguna detuvo su marcha. Se echó a correr hacia el destacamento.

Cuando entró a la comisaría todo era caos. Policías que iban y venían con el rostro desencajado, gente hablando por teléfono, gestos nerviosos. Gritos.

—¿Qué está pasando, Gutiérrez? —preguntó a la primera cara conocida que se cruzó.

—Greco tuvo un accidente.

—¿Qué?

—Un hijo de puta atropelló al jefe y se fugó.

—No puede ser, si hace un rato estuve con él. ¿Cómo está?

—No sabemos nada. Lo están trasladando al Churruca. Estaba inconsciente, así que debe ser bastante jodido —dijo Gutiérrez con los ojos húmedos.

La histeria colectiva se había apoderado de la comisaría, hasta que el timbre del conmutador enmudeció al gentío. El policía de guardia respondió la llamada. Desde donde estaba, Pedro no lograba escuchar la conversación pero vio claramente cómo la cara del hombre se transformaba. Todos los presentes observaban en silencio los gestos del oficial que para entonces había colgado y movía su cabeza de lado a lado, como si no pudiese creer lo que estaba sucediendo. No fue necesario que nadie dijera nada, supo al instante que Greco había muerto.

Algunos oficiales se abrazaron. Se escucharon gemidos y algunos insultos lanzados al aire. Pedro sintió que la vista se le nublaba por un instante y sus piernas parecían desmoronarse. Salió a la vereda para escapar aunque sea por un segundo. Buscó en el bolsillo de su uniforme el atado de Camel y prendió uno con sus manos temblorosas.

El timbre del teléfono celular lo sacó por un momento de la realidad. Era Ana, su mujer.

—Hola, amor.

No pudo responder, no tenía fuerza suficiente para hacerlo.

—En la puerta hay dos señores que preguntan por vos. Dicen que vienen a ver la moto.

Al escucharla sintió un repentino vacío en el estómago y un sabor ácido trepó su garganta y le invadió la boca. Hacía dos semanas había puesto en venta su viejo ciclomotor. Sin embargo, si bien había tenido ya algunas propuestas, no había coordinado una visita para esa tarde.

Ese miedo irracional no podía ser otra cosa que su instinto de conservación poniéndolo en alerta. Esos hombres no estaban allí por la moto. Aferrado al temor que se había apoderado de su cuerpo y con un hilo de voz que apenas resultaba audible, habló haciendo un esfuerzo por no alarmar a su mujer.

—¿Ana, les abriste?

—¿Cómo se te ocurre? Los atendí por la reja. Igual quedate tranquilo, no tienen pinta de chorros.

—Ana, no salgas. Cerrá la puerta.

—Pedro… —le recriminó ella—, es una vergüenza. Los hiciste venir hasta acá para nada a los pobres hombres. ¿Cómo los voy a plantar ahí? Pará, que les digo que te llamen más tarde.

—No, Ana, no salgas, cerrá con… —no llegó a terminar la frase.

Escuchó el sonido de la puerta al abrirse y a su mujer improvisando una excusa inverosímil para cubrir su olvido. «Que no abra la reja, que no abra la reja», repetía una y otra vez en su mente. La respuesta de los hombres llegó a sus oídos como un susurro lejano e inentendible.

Recién cuando sintió por detrás de la voz de Ana el sonido de la puerta al cerrarse, se tranquilizó un poco. Si hubieran querido hacerle daño a su mujer la reja no hubiera ofrecido resistencia suficiente.

—Amor, dicen los señores que no te preocupes, que los llames cuando puedas para organizar otra visita.

—Gracias, amor —dijo con una tranquilidad impostada—. Si llega a ir alguien más por la moto, por favor no le abras. No importa lo que te diga. Lo primero que hacés es llamarme a mí, ¿está bien? Ahora te tengo que cortar, la comisaría está desbordada. Te amo.

Aplastó la colilla del cigarrillo contra un poste de luz y decidió que debía hacer algo. Era evidente que existía algún tipo de conexión

entre la aparición del N.N., la muerte de Greco y la visita de esos hombres. No sabía por dónde empezar, así que decidió hacerlo por el principio: el Hospital Fiorito. Apurado, volvió a la comisaría y buscó a Vázquez.

—Gordo, dame las llaves.

—¿Adónde vas?

—Al Fiorito, voy a ver algo y vengo. En treinta minutos estoy de vuelta.

—¿Para qué? Al jefe lo llevaron al Churruca.

—Dale, no rompas los huevos. Dame las llaves.

—Tomá, pero estate atento al teléfono. Hoy nos vamos a tener que quedar hasta quién sabe qué hora.

De la comisaría al hospital había un puñado de cuadras que recorrió en pocos minutos. Buscaba dónde estacionar cuando sonó el teléfono. Del otro lado de la línea escuchó nuevamente la voz de su mujer.

—Amor, soy yo. ¿Querés que te pase el número de los señores que vinieron hoy? Me dejaron sus datos.

—Escuchame, Ana. Te tengo que contar algo grave.

—¿Qué te pasó, Pedro?

—No, no. A mí, no me pasó nada. Un auto atropelló esta tarde al comisario.

—¿Está bien?

—No, no está bien. El comisario falleció.

Del otro lado del teléfono el silencio fue absoluto.

—Ana, ¿estás ahí?

—Sí, sí. Me dejaste muda. Pensar que el mes pasado vinieron con Norma a cenar. Se los veía tan bien juntos, pobre familia. ¿Y Norma cómo está?

—No sé. No pude hablar con ella, todavía.

—¡Dios mío!

Había encontrado donde dejar el auto y estacionaba con una mano para no soltar el teléfono.

—Olvidate del tema de la moto. Lo llamo yo al señor Fiorito y le digo que lo llamamos la semana que viene.

—¿A quién? —preguntó alarmado.

—Al señor que vino por la moto, se llama Pedro igual que vos. Pedro Fiorito.

Un sudor frío le recorrió la espalda. ¿Qué posibilidad podía caber de que el hombre que había estado en su casa hacía un rato se llamase igual que el hospital frente al cual había estacionado?

—Pasame el número que lo llamo yo.

—¿Tenés para anotar?

—Sí —dijo mientras con su mano derecha hurgaba en la guantera en busca de una birome—. Dale, decime.

—15-633-9103.

Pedro hizo silencio. No era necesario que anotase el número, lo conocía muy bien, pertenecía al celular del comisario Greco. En un segundo comprendió que el problema en el que estaba metido era mucho más grande de lo que había imaginado. Pensó en su mujer sola en su casa y el miedo volvió a invadirlo. Si bien le quedaba claro que no había sido ella el objetivo de aquellos hombres, sintió la urgencia de ponerla a salvo.

—Ana, esta noche trabajo, no voy a casa a dormir. Me quedo en lo de Esteban. Por favor, vos andá a lo de tu mamá.

—Amor, no te preocupes, me quedo en casa.

—Andá a lo de tu mamá, quiero quedarme tranquilo. Bastantes cosas pasaron hoy.

—Pero, Pedro…

Villagrán estalló.

—Ana, la puta madre, necesito que vayas a lo de tu mamá. Por favor te lo pido, andá a lo de tu mamá.

—Está bien —dijo ella antes de colgar.

Estacionado en la esquina del hospital miró la puerta que se reflejaba en el espejo retrovisor. ¿Qué debía hacer? Bajar y tratar de

averiguar algo acerca del Natalia Natalia o esconderse hasta saber qué estaba sucediendo.

Conocía muy bien la podredumbre que existía dentro de la policía, podredumbre con la que luchaba en sueños y convivía en las vigilias. Estaba claro que la serpiente que anidaba en el corazón de la Fuerza se había despertado e iba tras él.

Pensó en los soldados que había visto en el hospital, en Greco, en su mujer y los hombres que habían estado en su casa esa tarde. Su mano derecha rozó la empuñadura de la pistola enfundada en su cartuchera. Ni el frío del arma en la yema de sus dedos lo hizo sentir seguro. Con impotencia apretó el puño, golpeó el volante y arrancó.

3

Parado en la puerta del *Diario Crónica*, Ricardo «Topo» Moreno miró su reloj. Faltaban todavía diez minutos para que los pasaran a buscar. Estaba inquieto, la nota que iban a realizar esa mañana implicaba adentrarse por un rato en un mundo que les era ajeno. Intentaba ocultar su nerviosismo para no asustar, aún más, a su compañero que se frotaba las manos para darse calor. Le habían asignado a un fotógrafo nuevo, un muchacho de poca experiencia al que la cámara que llevaba parecía quedarle grande.

—Topo, no puedo creer que estés tan tranquilo.

—No pasa nada. Estuve en lugares peores y acá me tenés.

—Es un barrio de mierda, se matan como pajaritos. Para esos negros la vida no vale nada.

—¿Qué esperabas? Esto es Crónica, no Radiolandia. Además no hay de qué preocuparse, el empleado del juzgado que me pasó la data, me dijo que la familia del pibe quiere hablar. Arreglaron con los capos de la Villa para que no tengamos problemas.

A las once en punto de la mañana un Renault 12 de paragolpes oxidado y chapa patente vieja se detuvo en la puerta del diario. Adelante iban dos hombres de unos veinte años, campera deportiva Adidas y gorra con visera. El acompañante hizo una seña con la mano a los periodistas y ambos se acercaron al auto.

—¿Cuál de los dos es el Topo Moreno?

—Yo. Él es Guerrera, el fotógrafo de policiales —dijo señalando a su compañero.

—Suban.

Durante los primeros minutos nadie dijo nada. Cada tanto el conductor miraba detenidamente por el espejo retrovisor a los periodistas que, incómodos, esquivaban su mirada. Estaban cruzando el Riachuelo cuando el hombre que iba al volante habló por primera vez.

—¡Linda camarita nene, eh!

Guerrera llevó sus manos instintivamente a la cámara y la apretó con fuerza. Ricardo miró de reojo a su compañero que movía la pierna derecha de manera nerviosa.

—¿Una Cannon, no? Debe estar unas dos o tres lucas verdes ese bicho, el mes pasado nos hicimos una parecida.

Ricardo clavó sus ojos azules en el espejo retrovisor buscando hacer contacto visual con el conductor. Cuándo lo miró, habló pausado y sin pestañear.

—Vinimos porque la familia del pibe quiere hablar, pero si les molesta déjenos acá y listo. No nos hagan perder el tiempo, tenemos cosas más interesantes que hacer que pasar la mañana en una villa.

El silencio volvió a llenar el auto. A los quince minutos se detuvieron en una de las callecitas laterales que llevaban al corazón de Villa Tranquila, un caserío de chapa en el que la esperanza de vida era marcadamente inferior que en el resto de la Ciudad.

Cuando bajaron del auto, el barrio pareció ponerse en suspenso. Ricardo sintió la presión de decenas de ojos posándose sobre él. Un hombre de unos cuarenta años y una cicatriz que le recorría la mejilla derecha se acercó y les extendió la mano.

—Soy el tío de Maxi, síganme por favor. Mientras estén conmigo va a estar todo bien. Nada de fotos, esa cámara se queda en el auto.

Guerrera le hizo una seña a Ricardo y sin que nadie pudiera escuchar lo que decía, le habló en voz baja.